

JOSÉ BORRÁS.

EL
CONVENTO

POEMA



VALLADOLID:

Imprenta y Librería de A. ZAPATERO

Acera de San Francisco, 30

1885.

G-F 6215

niobra en Francia.—... La ciudad
ción el 27 de noviembre.

GRABADOS

El general Liman von Sanders, jefe de la misión alemana en Turquía y comandante en jefe del ejército turco.—Enver Bajá, Ministro de la Guerra en Turquía.—Línea de fuertes franceses entre Verdun y Toul.—Artillería japonesa disparando contra el fuerte Illis, de Tsing-tau.—Grupo de zapadores, mandados por el teniente Curt Nobiling, que obtuvieron la cruz de hierro por su heroico comportamiento al volar la vía férrea de Verdun-Saint Mihiel.—El general ruso Rennenkampf, en un reducto cerca de Grodno, examinando las posiciones del enemigo.—Poderío de las naciones beligerantes.—El archiduque Federico, Comandante en jefe del ejército austro-húngaro.—El general von Kessel, gobernador de las Marcas.—Las tropas belgas baténdose en una calle de Malinas.—Infantería francesa detrás de una trinchera, en los alrededores de Belfort.—En la frontera de la Prusia oriental. Escalas de que se sirven los rusos para instalar ametralladoras en lo alto de los árboles.—Infantería rusa construyendo un reducto cerca de la frontera alemana.

Mapa núm. 16.—Teatro de la guerra en Flandes.



L. BRU
NET

D G
A

EL CONVENTO

CB.1121473

6.9368

El Convento

POEMA

POR

JOSÉ BORRÁS.



VALLADOLID
Imprenta, Librería y Encuadernación
de AGAPITO ZAPATERO,

ACERA DE S. FRANCISCO, 30.

1885.



R. 76156

EL CONVENTO.

POEMA.

DE formas grandiosas,
de lúgubre aspecto,
de negras fachadas
y gusto severo,
cual fantasma de negros ropajes
sombrió y siniestro,
se levanta entre zarzas y espinos
la negra silueta de altivo convento.



Vibrante campana
dá quejas al viento,
que son oraciones
que suben al cielo,
y en la tierra, del bronce sonoro,
se escucha á lo lejos,
funeral y siniestro plañido
que cruza los aires en alas del eco.



Pegadas al muro,
cual sombra de un cuerpo,
se elevan las tapias
sombrias de un huerto,
donde dan entre oscuros follajes
sus largos paseos,
las que pasan la vida cantando
pesadas salmódias tras verjas de hierro.



Así el edificio
sombrío y austero,
cual negra caverna
le vé el pensamiento,
donde gimen ocultas fantasmas
vestidas de negro,
que dejaron las penas del mundo
por luto ó por fuerza, por hambre ó por miedo.



Volaban las nubes
en alas del viento,
brillaba el relámpago,
oíase el trueno,
y en la cruz que el convento remata
la chispa cayendo,
sin respeto al emblema sagrado
fundía del Cristo los brazos de hierro.



Las aves nocturnas
sus nidos hicieron,
bajo un sotechado
de grandes aleros,
y el monótono canto del buho
con timbre siniestro,
á las celdas oscuras llegaba
dejando en el aire sus fúnebres ecos.



Así una mañana
mis ojos le vieron,
de espinos cercado,
sombrió y austero,
y al mirar erizadas de puntas
las rejas de hierro,
exclamé sin poder contenerme:
«¡Dios mío, qué triste se eleva el convento!»



Vagaba yo en torno
 buscando un objeto;
 mi dicha perdida,
 mi pobre Consuelo,
 que encerraron sus padres un día,
 sin duda creyendo,
 que metiendo su cuerpo en el claustro
 sacaban el alma que anida en mi pecho.



¡Funesta locura!
 ¡Diabólico intento!
 ¡Qué día más triste!
 ¡Qué bien lo recuerdo!
 La mañana de luto vestía
 con nubes el cielo,
 y la lluvia furiosa azotaba
 los negros sillares del viejo convento.



La vega cruzaban
 amigos y deudos,
 pisando las flores
 que había en el suelo;
 y las flores doblaban sus tallos
 mirando el cortejo,
 que al suplicio del Claustro llevaba
 ¡mi dicha perdida! ¡mi pobre Consuelo!



Pisó al fin llorosa
 las gradas del templo,
 vestida de blanco
 con nítido velo,
 que envolviendo en nevada corola
 sus rubios cabellos,
 parecía truncada azucena
 que inclina sus hojas á impulso del viento.



Sus ojos azules
de azul de los cielos,
en vez de humillarse
se alzaban soberbios,
y al sentir sus brillantes miradas,
amigos y déudos,
inclinaban al suelo sus frentes
y en ellas marcados estigmas de fuego.



Abrióse la puerta,
los goznes gimieron,
y la triste mártir
pisó el presbiterio,
¡Pobrecilla! llegó á los altares
con ódio en el pecho,
primer vez que en su seno albergaba
pasion tan indigna, tan vil sentimiento.



La triste campana
y el órgano austero,
al dar sus sonidos
tocaban á muerto;
y en el coro las monjas cantando
sus fúnebres rezos,
parecía la iglesia una tumba
que espera el cadáver que deja un entierro.



Yo estaba entretanto
sombrio y siniestro,
de cripta vacía
metido en el hueco,
contemplando, con llanto en los ojos,
mi pobre Consuelo,
que, á la fuerza, vestida de blanco,
mirábame triste vestido de negro.



Vea los seres
cual sombras de un sueño,
el triste sepulcro
creíalo lecho,
y al mirar de mi amor la corona
y el nítido velo,
que la hacían mi esposa, pensaba,
y á ella me unían con lazos eternos.



¡Alegres visiones!
¡Fugaces deseos!
¡Qué pronto por tierra
deshechos cayeron!
De repente en mi mente adormida
rasgóse el ensueño,
y á mis ojos volvió á presentarse
la escena sombría del negro Convento.



El órgano místico
 ahogó sus acentos,
 calló la campana,
 cesaron los rezos,
 y tan solo en la iglesia se oía,
 turbando el silencio,
 la tormenta de amor y venganza
 que horrible crujía rasgando mi pecho.



Abrióse girando
 la puerta de hierro,
 que el claustro sombrío
 separa del templo
 y esperò, sin pisar sus dinteles,
 terrible cortejo,
 que cruzára la reja entreabierta
 ¡mi dicha perdida! ¡mi pobre Consuelo!



Cerraron tras ella
la puerta al momento,
que atrás se volviera
sin duda temiendo,
y al cerrarse la reja enmohecida,
con ruido siniestro,
parecía el convento un avaro
que oculta un tesoro de su arca en el centro.



Cortó la abadesa
sus rubios cabellos,
que en rizos dorados
cayeron al suelo,
como caen las hojas del árbol
al soplo del viento,
que arrebató la seca hojarasca,
jugando con ella las tardes de invierno.



Los déudos y amigos
se fueron saliendo,
y el templo dejaron
sombrió y desierto;
y al mirar de mi amada el semblante,
mis fibras sintieron
la mirada de amor contenido
que á mi dirigían sus ojos de fuego.



«¡Adios para siempre!»
la dijo mi acento,
y «¡adios!» contestaron
mi amada ó el eco;
y al cruzar con la planta insegura
la nave del templo,
aún sentí que Consuelo al mirarme
¡tenía en sus lábios, mi nombre y un beso!

.
.



Pasaron seis meses,
seis meses eternos,
que en nieve tornaron
mis rubios cabellos,
sin poder de mi mente borrarse
los tristes recuerdos,
que aquel día funesto y terrible
llenaron mi alma de lutos y duelo.



Las tardes enteras,
más loco que cuerdo,
vagaba yo en torno
del viejo Convento,
esperando que el bien de mi vida
recluso en su centro,
se asomara á través de las rejas
y «¡adios!» me dijera mandándome un beso.



Por fin una tarde,
pisando en silencio
las gradas de piedra,
y entrando en el templo,
ví caer un papel á mis plantas
doblado y pequeño,
que al soltarlo mi dicha perdida,
cayendo del coro, caía del cielo.



Dí un grito de gozo
su tacto sintiendo,
pues yo lo creía
ficción del deseo,
que pintaba á mi amada en mis brazos
llorosa y con miedo,
y el corcél que á lo lejos dejaba
sumido en las nieblas el negro convento.



Mas basta de dudas,
aquello era cierto,
la carta quemaba
metida en mi pecho.
Corrí al punto á mi pobre morada
venturas fingiendo,
y pensando con gozo en la carta
y el nema rugoso que abrian mis dedos.



«¡Adios para siempre!
—mis ojos leyeron—
queriéndote tanto
por siempre te pierdo;
mis palabras de amores olvida
que son sacrilegios,
que pronuncio llorando en mi celda
postrada de hinojos, pensando que rezo.»



«Mis frases olvida,
que te amo y no puedo,
quererte es delito,
te adoro y me muero;
soy mi sombra que vive encerrada,
soy alma sin cuerpo,
que pronuncio tu nombre querido,
en vez de los tristes y fúnebres rezos.»



«Mi pena es eterna,
terrible es mi duelo,
constante es mi luto,
mi llanto es eterno.
La materia con saña encerraron
en triste convento,
sin pensar que el espíritu vuela,
traspasa las rejas y vive en tu pecho.»



«¡Adios para siempre!
 ¡por siempre te pierdo!
 mis frases olvida;
 por Dios te lo ruego.
 Soy *esposa de Cristo* perjura,
 ¡me espera el Infierno!
 ¡ni en el cielo podremos juntarnos!
 ¡Adios para siempre tu pobre CONSUELO!»



Besé aquella carta
 con loco ardimiento,
 secaron mis labios,
 sus letras de fuego;
 y á la muerte me dicen que estuve
 no sé cuanto tiempo,
 ¡pues tenia ya el alma enterrada
 si el cuerpo seguia cobarde viviendo!



Soñaba una tarde
 que ardía el convento,
 y yo entre mis brazos
 sacaba á Consuelo,
 cuando oí que lejanas campanas
 tocaban á muerto,
 y *el porqué* sin saber explicarme
 corrí hácia sus muros saltando del lecho.



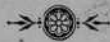
Estaba entreabierta
 la puerta del templo,
 que suave girando
 dió paso á mi cuerpo,
 y escuché con espanto y sorpresa
 perderse á lo lejos,
 los acentos de un coro entonando
 tristísimos cantos y fúnebres rezos.



El templo se hallaba
sombrio y desierto,
la lámpara ardía
con ténues reflejos,
y la luz de la tarde, ya escasa
cruzaba los hierros,
que cerrando las altas ventanas
el templo defienden de ataques externos.



La oscura crujía
traspuse en silencio,
ahogué mis pisadas,
contuve mi aliento
y miré tras la reja sombría
del claustro á un extremo,
acercarse con fúnebre pompa
fulgores de cirios y sombras de cuerpos.



Así con espanto
la verja de hierro,
que el claustro sombrío
separa del templo,
y al mirar acercarse á las rejas
el negro cortejo,
se cerraron de espanto mis ojos
y dí un grito sordo, terrible y siniestro.



En dobles hileras
plegarias gimiendo,
las monjas traían
sombrio feretro,
en el cual reposaba un cadáver
de flores cubierto:
¡era ella, Dios santo! era ella!
¡¡mi dicha perdida, mi pobre Consuelo!!



LA GUERRA EUROPEA

SUMARIO

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La Gran Bretaña y Alemania.—

II. El Islám.—III. La clarividencia italiana.

La toma del fuerte del campo romano por los alemanes.

A propósito de la batalla naval en las costas de Chile.

El fin del *Emden*.

Curiosa correspondencia franco-alemana.

La flota rusa del mar negro.



